

El Franquismo en Canarias



Aarón León Álvarez (coord.)

Colección Historia

LeCanarien ediciones

Colección dirigida por: Zebensui López Trujillo



El Franquismo en Canarias

© Aarón León Álvarez

© Instituto de Estudios de Canarias (para esta edición)

© LeCanarien ediciones (para esta edición)

© Zebensui López Trujillo (para esta edición)

Coordinador: Aarón León Álvarez

Control de la edición: Aarón León Álvarez y Ricardo A. Guerra Palmero

Maquetación: Candelaria da Silva - candedasilva@gmail.com

Cubierta: Juan Antonio Martín Muñoz - designjuanmartin@gmail.com

Instituto de Estudios Canarios

C/ Juan de Vera, 4 (Casa Ossuna)

Apartado de correos 498

La Laguna - Santa Cruz de Tenerife

LeCanarien ediciones

www.lecanarienediciones.com

info@lecanarienediciones.com

Av. Canarias, 10 – La Orotava – Santa Cruz de Tenerife

922 074 472 - 667 301 274

Primera edición:

Santa Cruz de Tenerife - 2014

ISBN: 978-84-940364-3-9

Depósito legal: TF 200-2014

**ACERCA DE LOS INICIALES APOYOS
SOCIALES PRESTADOS AL FRANQUISMO*
LA MITIFICACIÓN DE LA GUERRA CIVIL Y LA VIVENCIA
ALEGÓRICA DE LA CONTIENDA EN LA RETAGUARDIA
REBELDE, 1936-1939**

Francisco Cobo Romero**

* El presente texto constituye una versión, ampliada y sustancialmente transformada, de la Ponencia defendida, en colaboración con la profesora Teresa María Ortega López, durante la celebración del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea que tuvo lugar en Murcia en septiembre de 2008. La mencionada Ponencia llevaba por título: *Muerte Purificadora y Regeneración Patria. La Visión Sublimada de la Guerra Civil y la Legitimación de la Violencia desde la «España Nacionalista», 1936-1939.*

** Universidad de Granada.

A modo de introducción. La construcción lingüística y simbolizada de la Guerra Civil

Desde su comienzo, la guerra civil española se convirtió en objeto de controvertidas disquisiciones que emplearon un ingente arsenal de elementos discursivos, lingüísticos, simbólicos y rituales, encauzados a hacer posible su legitimación justificativa. En medio de un cruce mutuo de descalificaciones, el desencadenamiento de la violencia desenfrenada que trajo consigo el conflicto contribuyó a dotar de coherencia a las distintas tradiciones culturales e ideológicas, y a los lenguajes políticos dispersos, sobre los que trataron de sustentar su legitimidad los dos bandos enfrentados.

En el interior de la denominada España «nacionalista», el conglomerado de grupos sociales y formaciones ideológicas o partidistas conformado en su seno fue destilando, a partir de los primeros meses del conflicto civil, toda una serie de construcciones teóricas e interpretativas relativamente novedosas. Tales construcciones teóricas se hallaban, en un principio, profusamente amalgamadas de elementos discursivos a veces inconexos, y de componentes culturales y simbólicos traídos desde las más acendradas tradiciones de la derecha antiliberal y antiparlamentaria¹. En el transcurso de la guerra, todos estos discursos², mitos y símbolos terminarían transformándose en elementos vertebrales de la ideología legitimadora del Nuevo Estado franquista. Asimismo, en el clima de exacerbadas pasiones políticas, y en medio de la generalizada atmósfera de terror y muerte que invadió la retaguardia rebelde, los mencionados componentes discursivos de la ideología unificadora del bando «nacionalista» terminarían erigiéndose en

¹ Acerca del tortuoso proceso de sedimentación de los discursos del nacionalismo español de corte regeneracionista, al tiempo que antiliberal, autoritario, de orden y vitalista, véanse las decisivas aportaciones de SAZ CAMPOS, Ismael: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 77-99 y 105-155. Consúltese asimismo GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *Acción española. Teología política y nacionalismo autoritario en España, 1913-1936*, Tecnos, Madrid, 1998 y del mismo autor, *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

² Conferimos aquí una absoluta equivalencia de significación a los conceptos de «discurso» y «metanarración», entendiéndolos como aquellos que designan el cuerpo coherentemente estructurado de categorías y simbolizaciones a través del cual los individuos aprehenden y conceptualizan la realidad, y, en consecuencia, programan y desarrollan su práctica. Los discursos son, pues, una especie de «rejillas» interpretativas dotadas de instrumentos analíticos que proporcionan visibilidad, especificación y clasificación, y que son empleadas por los individuos para dar significado al contexto social en el que se desenvuelven, conferir sentido a su particular vinculación con el mismo, y autoidentificarse como sujetos y agentes activos que se sienten dueños de la particular regulación de su práctica social. Véase al respecto, CABRERA ACOSTA, Miguel Ángel: *Postsocial History. An Introduction*, Lanham, Maryland, Oxford, Lexington Books, 2004, pp. 22-24.

herramientas imprescindibles para la justificación y el amparo de la violencia, las labores de limpieza política³ y el exterminio sistemático practicado contra el enemigo.

La importancia crucial de la construcción histórica de los discursos políticos, y la naturaleza determinante de las representaciones mentales envolventes de los mensajes propagandísticos empleados por la derecha fascistizada y antidemocrática en el transcurso de la Guerra Civil, se comprende mucho mejor desde el empleo de una perspectiva de indagación de carácter *culturalista*. Una perspectiva ocupada de la disección de los componentes discursivos y las agencias interpretativas que modelaron, dotándolos de significación, los comportamientos individuales y colectivos de aquella porción de la sociedad española que, de muy diversas maneras, respaldó o auxilió la feroz actuación represiva desplegada en los territorios sometidos al control de las tropas rebeldes. Sobre todo, porque cada vez estamos más convencidos de que el sustrato material, social y espiritual sobre el que se sustentaron las vivencias y las experiencias exhibidas por los individuos y los grupos sociales que prestaron su apoyo a las nascentes autoridades franquistas, o colaboraron activamente en las labores de represión y exterminio físico del enemigo, no se entendería en su compleja magnitud si obviamos la atención debida a los específicos discursos y lenguajes a través de los que aquel mismo sustrato apareció simbólica y lingüísticamente definido. La recreación alegórica y discursiva que los rebeldes hicieron de la guerra se manifestó a través de una densa sedimentación de lenguajes políticos y relatos mitificados. Casi todos estos lenguajes contribuyeron poderosamente a edificar las percepciones individuales y colectivas con la que los actores –individuales o colectivos– interpretaron la naturaleza del conflicto, o justificaron el ineludible empleo de una violencia desaforada contra un enemigo catalogado como perverso e inhumano. Todas estas percepciones se conjugaron tanto en el seno del ámbito vivencial más íntimo, como desde aquel otro fraguado a través de la contribución común a la acción colectiva. Todo lo anterior nos conduce a tener muy presente que la subjetividad que regula el proceso de gestación de todo tipo de decisiones individuales, se encuentra asimismo reglamentada por un complejo sistema de valores y percepciones culturales socialmente edificado, que actúa con una funcionalidad estructurante del imaginario, y que sirve a los sujetos particularizados para dar sentido a su propia percepción de la realidad y a la comprensión personalizada de «su mundo»⁴. Todo ello adquiere, pues, una especial significación si aceptamos

³ Véase CRUZ, Rafael: «Olor a Pólvora y Patria. La Limpieza Política Rebelde en el inicio de la Guerra de 1936», en *Hispania Nova*, n.º 7, 2007; <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d007.pdf>.

⁴ Al respecto del valor intrínseco para la percepción de la variada gama de actitudes políticas, y comportamientos de adhesión o rechazo a determinadas propuestas de organización del Estado, mostrado por los testimonios y los «reportajes narrativizados» obtenidos

la premisa de que los actores particulares y colectivos ejecutan sus propias decisiones –e intervienen conscientemente en medio de un escenario histórico que les es dado–, profusamente mediatizados por un denso entramado de percepciones culturales y recreaciones mentales altamente idealizadas de la realidad, que en cada caso adopta una específica formulación lingüística y conceptual⁵.

De todo cuanto queda expuesto debe inferirse que quienes, desde el ámbito de la retaguardia «nacionalista», se adhirieron activamente a la defensa de los postulados sostenidos por los rebeldes, auxiliando o promoviendo la ejecución de multitud de actos de extrema violencia, lo hicieron sometiéndose, consciente o inconscientemente, a toda una serie de razonamientos y prejuicios cultural y discursivamente cimentados, que traducían de una manera particularizada la realidad y el mundo circundantes. Tales razonamientos contribuyeron a la gestación de una determinada imagen sublimada del pasado. Casi todos ellos se configuraron en poderosos instrumentos dotados de una asombrosa capacidad de modulación de los pensamientos, las actitudes y los comportamientos expresados por la extensa panoplia de actores, tanto individuales como colectivos, que desempeñó un papel decisivo en la justificación o el auxilio de la desafortunada violencia represiva que se adueñó de la retaguardia franquista.

La recreación simbolizada y lingüística de la realidad que se gestó en la retaguardia «nacionalista» durante el conflicto de 1936-1939, se transfiguró en un factor esencialmente transformador, trasgresor, o cuando menos modelador, de la

de la consulta de quienes de manera anónima participaron en procesos históricos tan decisivos como la Guerra Civil o la construcción del Nuevo Estado franquista, así como del papel estructurante de las construcciones idealizadas del pasado en la modelación de la memoria, consúltese el muy interesante artículo de FONT AGULLÓ, Jordi: «Nosotros no nos cuidábamos de la política». Fuentes orales y actitudes políticas en el Franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1949», en *Historia Social*, n.º 49, 2004, pp. 49-66; vid. especialmente las pp. 52-54.

⁵ Las presupuestos teóricos de la historia post-social, que defienden la importancia de la construcción discursiva y lingüística de la realidad, pueden hallarse en: CABRERA ACOSTA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Cátedra-Universitat de València, Madrid, 2001, pp. 47-51; y «La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia Postsocial», en *Ayer*, n.º 51, 2003, pp. 201-224, pp. 210-212; JOYCE, Patrick: «The End of Social History?», en JENKINS, Keith (ed.), *The Postmodern History Reader*, Routledge, Londres y Nueva York, 1998, pp. 342-365, pp. 350-359; SPIEGEL, Gabrielle M.: «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», en *Ayer*, n.º 62, 2006, pp. 19-50, vid. las pp. 24-27; RECKWITZ, Andreas: «Toward a Theory of Social Practices. A development in culturalist theorizing», en SPIEGEL, G. M. (ed.), *Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, Routledge, Londres y Nueva York, 2005, pp. 249-252; SEWELL, William H. Jr.: «The Concept(s) of Culture», en BONNELL, V. E. y HUNT, L. (eds.), *Beyond the cultural turn. New directions in the study of society and culture*, University of California Press, Berkeley, 1999, pp. 35-61.

propia realidad material y vivencial en la que multitud de individuos se hallaron envueltos. Desde luego que no existe expresión lingüística o cultural desligada de la vivencia material y social. Aún cuando no es menos cierto que la plasmación vivencial de los comportamientos únicamente se hace perceptible a través de la codificación que los individuos efectúan de los lenguajes y los imaginarios representativos disponibles para la exégesis particularizada de la realidad y el mundo que les rodea⁶. Los mencionados lenguajes e imaginarios no deben ser únicamente concebidos como meros canales de expresión, sino como los entramados sistematizados y secuenciales, a la vez que contradictorios, cambiantes y débilmente coherentes, de conceptos y de «signos semióticamente interpretables», a través de los cuales se organiza significativamente la realidad misma⁷. En consecuencia, todo discurso contiene una determinada concepción de la sociedad o *Imaginario Social*, que opera a través de una secuencia de «protocolos conceptuales de percepción de la realidad», o mediante la gestación de patrones normativos que condicionan la práctica de los individuos.⁸ La interiorización que de la realidad hace el individuo a través del prisma de los imaginarios disponibles, en su mutua y cotidiana interacción con los demás⁹, se torna fundamental, pues, para entender su toma de partido ante las disyuntivas planteadas por la experimentación de su propia vivencia. Concebimos, pues, la existencia de una reglada y persistente sistematización de creencias y valores compartida por cada generación de actores. Y constatamos la operatividad de un sistema de signos utilizado para «referenciar» e «interpretar el mundo», dotado de una poderosa funcionalidad estructurante del imaginario, y del que se sirven los sujetos particularizados para dar sentido a

⁶ Una interpretación comprensiva en torno a la revisión crítica a que han sido sometidos los tradicionales presupuestos en que se hallaban instaladas las teorías sociales sobre la percepción de la realidad, o los modos de explicar la conciencia de los individuos y el papel de los lenguajes en la construcción idealizada de la realidad y el mundo por parte de los sujetos, puede hallarse en CABRERA ACOSTA, Miguel Ángel, *op. cit.*, 2004, pp. 22-24; y del mismo autor: «La Historia Postsocial: más allá del imaginario moderno», en ORTEGA LÓPEZ, Teresa María (ed.), *Por una Historia Global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, EUG, Granada, 2007, pp. 41-72.

⁷ SPIEGEL, Gabrielle M.: «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», en *Ayer*, n.º 62, 2006, pp. 19-50, vid. las pp. 24-27.

⁸ Véanse al respecto las siguientes aportaciones, consideradas como algunas de las que mejor recogen las premisas teóricas de la historia Postsocial: CABRERA, M. Á., *op. cit.*, 2001, pp. 47-51; y «La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia Postsocial», en *Ayer*, n.º 51, 2003, pp. 201-224, vid. las pp. 210-212.

⁹ Acerca de lo social, y su «práctica», como el resultado del mutuo intercambio de información y experiencias que llevan a cabo los individuos en su particularizada interpretación de los componentes simbólicos y culturales a través de los que construyen «su» específica realidad, véase RECKWITZ, Andreas: «Toward a Theory of Social Practices. A development in culturalist theorizing», en SPIEGEL, G. M. (ed.), *op. cit.*, 2005, pp. 249-252.

su propia percepción de la realidad, o para obtener respuestas en la búsqueda de explicaciones personalizadas acerca de «su mundo»¹⁰.

En la retaguardia rebelde, el heterogéneo agrupamiento de formaciones partidistas y tradiciones culturales e ideológicas que se fundieron en su interior fue gestando, en el transcurso del conflicto, todo un denso entramado de recreaciones discursivas orientadas hacia su legitimación. Entre todas ellas, se encontraban un discurso de deshumanización brutalizada del enemigo y una imagen sublimada de la contienda. Ambas contribuyeron, o bien a la sedimentación de conductas y actitudes individuales o colectivas gestadas en auxilio de la violencia extrema empleada contra «el enemigo político», o bien a cincelar una imagen estereotipada e inculpatória de la «nefasta» experiencia democrática de la Segunda República, que coadyuvó poderosamente al exterminio de sus más destacados protagonistas y al aniquilamiento de su memoria.

El imaginario anti-izquierdista forjado en la retaguardia rebelde y la brutalizada deshumanización del enemigo político

El discurso anti-izquierdista y deshumanizador del enemigo que se fue construyendo desde la España «nacionalista» en el transcurso de los años treinta, pero sobre todo a lo largo de los años que duró el conflicto militar, se instaló sobre la permanente descalificación de las ideologías obreristas, republicanas, e incluso liberales, que habían conocido un rápido proceso de solidificación durante la corta andadura del régimen republicano. Dicho discurso propinaba a todas ellas desmesurados y abyectos calificativos que las asemejaban con poderosas e imaginarias fuerzas, que maquinaban de manera ruin y conspirativa contra el esencialismo hispanista más hondamente asentado sobre las tradiciones del catolicismo, el patriotismo, la jerarquía o la defensa de la raza. De acuerdo con tales consignas, las izquierdas y el republicanismo democrático serían la encarnación de la Anti-España. Y por consiguiente, las organizaciones políticas y sindicales representativas de los sectores populares, los jornaleros, los asalariados, y buena parte de las clases medias del nacionalismo periférico, se convertirían en los vehículos por los que circulaba la propagación de todos aquellos agentes nocivos más

¹⁰ En tal sentido, el análisis de las «prácticas» se torna esencial, entendidas aquéllas como la intersección en la que se conjugan de manera significativa las construcciones discursivas que interpretan la realidad y las iniciativas personales, dotadas de cierta autonomía aunque mediatizadas por un extenso conjunto de herramientas cognitivas y lingüísticas disponibles en cada situación. Véase, SPIEGEL, Gabrielle M., *op. cit.*, 2006, p. 42 y SEWELL, William J. Jr.: «The Concept(s) of Culture», en BONNELL, V. E. y HUNT, L. (eds.), *op. cit.*, p. 44.

profundamente enemistados, contrarios o amenazadores de la tradición católica y el sentimiento patriótico más hondamente vinculado a la esencia hispana¹¹.

En consonancia con esto último, la revolución desencadenada en la retaguardia republicana durante los primeros meses de la contienda mereció una atención de primer orden en la construcción cultural del discurso deshumanizador de las izquierdas. Se la presentó de manera insistente –nos referimos a la revolución popular– como un horrendo fenómeno de degradación moral y exaltado egoísmo que socavaba los cimientos mismos del más íntimo sentimiento españolista. La Guerra Civil se convertía, de acuerdo con tales simbolizaciones, en el suceso histórico inevitable que habría de restituir a la Nación española la perdida grandeza ancestral, la codiciada independencia y la amenazada pureza espiritual¹². El discurso anti-izquierdista gestado por los rebeldes contenía, al menos, algunos de los siguientes elementos.

En primer lugar, en casi todos los reportajes periodísticos y testimonios destinados a ofrecer un relato adulterado de los acontecimientos habidos en las localidades de la retaguardia republicana, hasta su «liberación» por las tropas rebeldes, se registra una desfigurada descripción de las transformaciones socio-económicas que casi todas ellas padecieron. En multitud de ocasiones se concluía que el conjunto de tales cambios revolucionarios significó ante todo una abominable y caricaturesca imitación de las formas de organización social y planificación económica propias del comunismo soviético¹³.

En segundo lugar es preciso afirmar que, a juzgar por el tenor de los imaginarios contruidos desde la retaguardia «nacionalista» para justificar el alzamiento, la «dominación roja» sobre aquellos territorios que no habían sido prontamente «liberados» condujo de manera inevitable a la entronización, en el seno de los órganos de administración local y en las instituciones municipales controladas por las izquierdas, de toda una amalgama de valores pervertidos y comportamientos antipatrióticos. Tales valores y comportamientos se hallaban teñidos por la ruindad, la avaricia y el materialismo de sus protagonistas, a quienes se responsabilizaba de la más profunda de las degradaciones posibles de la vida social, espiritual y cultural¹⁴.

¹¹ Véase *Ideal* (Granada): «Contra quiénes luchamos», 5 de agosto de 1936. Véase asimismo: «La contrarrevolución», por Álvaro Alcalá Galiano, en *ABC de Sevilla*, 12 de febrero de 1936.

¹² *ABC de Sevilla*, «La patriótica alocución del general Franco al iniciar el movimiento», 23 de julio de 1936.

¹³ *Ibidem*, «Viviendo cuarenta días de comunismo rojo en Palma del Río», 16 de septiembre de 1936.

¹⁴ *Ideal*: «En Montefrío se estableció el régimen soviético», 31 de julio de 1936.

En tercer lugar, el «furibundo anticlericalismo» que se desató en la práctica totalidad de las poblaciones de la retaguardia «leal», fue considerado como uno de los más prominentes rasgos del supuesto carácter degenerado y degradado atribuible a las izquierdas y los «enemigos de España». Para el discurso y los lenguajes políticos que se fueron vertebrando en la España «nacionalista», las izquierdas en su conjunto fueron las exclusivas responsables de las más variadas escenificaciones de iconoclastia, sacrofobia, y odio inmenso y colectivo hacia lo sagrado que se difundieron, como reguero de pólvora, a lo largo del verano de 1936. La violencia anticlerical ha de entenderse como la expresión súbita y espontánea de un profundo deseo por arrasar, hasta sus raíces, el viejo orden injusto y jerarquizado que tradicionalmente había sido respaldado por la iglesia católica y sus representantes. De ahí que en multitud de ocasiones se procediese mediante una acción destructiva y purificadora, inspirada en la mística percepción del fuego redentor y la muerte salvífica como las herramientas auxiliares imprescindibles para la edificación de un nuevo orden socio-moral¹⁵. Junto a ello, la oleada de antirreligiosidad debe concebirse como una manifestación popular de odio anticatólico, tenuemente ligada al cúmulo de periódicos brotes de furia anti-sacerdotal y antirreligiosa que desde la primera mitad del siglo XIX venían siendo suscitados por las culturas laicizantes y antieclesiásticas del liberalismo y el republicanismo, y en menor medida y con posterioridad, del marxismo y el anarquismo¹⁶. No cabe duda, pues, de que la espontánea violencia antirreligiosa

¹⁵ VINCENT, Mary: «The keys of the kingdom: religious violence in the Spanish civil war, July-August 1936», en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.), *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 68-89, vid. especialmente las pp. 76-80.

¹⁶ Al respecto consúltese DELGADO, Manuel: *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*, Humanidades, Barcelona, 1992 y «Anticlericalismo, espacio y poder. La destrucción de los rituales católicos, 1931-1939», en *Ayer*, n.º 27, 1997 (Rafael Cruz (ed.), «El anticlericalismo»), pp. 149-180. Sobre la propagación de las culturas del anticlericalismo y el proceso de secularización de la vida social en la España contemporánea, así como sobre la influencia de ambos factores en las expresiones de iconofobia y furor antirreligioso de las primeras semanas de la Guerra Civil, véanse: PÉREZ LEDESMA, Manuel: «Studies on Anticlericalism in Contemporary Spain», en *International Review of Social History*, n.º 46, 2001, pp. 227-255; LEDESMA, José Luis: *Delenda est Ecclesia. De la violencia anticlerical y la Guerra Civil de 1936*, Seminario de Historia, Fundación Ortega y Gasset, 2009, (<http://www.ucm.es/info/historia/ortega/4-09.pdf>); SALOMÓN CHELIZ, María Pilar: *El anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2002; SUÁREZ CORTINA, Manuel: «Anticlericalismo, religión y política durante la Restauración», en LA PARRA LÓPEZ, Emilio y SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, pp. 197-302; CRUZ, Rafael (ed.): «El anticlericalismo», en *Ayer*, n.º 27, 1997; DE LA CUEVA MERINO, Julio: *Clericales y anticlericales. El conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria (1875-1923)*, Publicaciones de la Universidad

desatada en la retaguardia republicana se expresó de acuerdo con determinados patrones protocolarios y conductuales perfilados por la propia religiosidad, emulando así comportamientos ritualizados que habían sido largamente propagados por la propia Iglesia Católica¹⁷. Pese a todo ello, resultaba de un mayor efectismo propagandístico inculpar a los izquierdistas de las múltiples expresiones de frenético anticlericalismo desatadas entre las poblaciones de la retaguardia «leal»¹⁸.

En cuarto, y último lugar, resulta preciso aludir a la torva descripción, efectuada desde la retaguardia rebelde, de los sucesos de extremada violencia política que se adueñaron de la retaguardia republicana durante los primeros meses de la contienda¹⁹. En efecto, desde el comienzo de la guerra no cesaron de hacer su aparición en la prensa derechista las fabulaciones macabras acerca de los asesinatos cometidos por los extremistas de izquierda en la retaguardia enemiga. Las

de Cantabria, Santander, 1994; del mismo autor «“Si los curas y frailes supieran...”». La violencia anticlerical», en JULIÁ DÍAZ, S. (ed.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 191-233 y «El anticlericalismo en la Segunda República y la Guerra Civil», en LA PARRA LÓPEZ, E. y SUÁREZ CORTINA, M. (eds.), *op. cit.*, pp. 211-301.

¹⁷ DELGADO, Manuel, *op. cit.*, 1997.

¹⁸ *Ideal*-Edición Jaén: «Los vecinos de Arjona recuerdan aún con horror los crímenes cometidos durante el dominio rojo», 6 de mayo de 1939; *ABC de Sevilla*, «La columna del comandante Buiza toma Cazalla. El odio a la religión», 15 de agosto de 1936.

¹⁹ Los órganos propagandísticos del naciente Estado Franquista debieron difundir una estimación a todas luces desorbitada de las víctimas de la represión política contabilizadas en la retaguardia republicana, pues los informes oficiales de los gobiernos norteamericano, inglés y francés hablaban, hacia 1937, de unas 60.000 muertes en el área de Madrid, unas 30.000 en la de Valencia y unas 50.000 en la de Barcelona, lo que contabilizaría un total, absolutamente disparatado, de 140.000 asesinatos por motivos políticos en tan sólo los primeros meses de la contienda. Véase KNOBLAUGH, H. Edward: *Correspondent in Spain*, Sheed and Ward, Londres y Nueva York, 1937, pp. 75-76. *ABC de Sevilla*, «Los crímenes cometidos en Castro del Río... Más de ciento cincuenta personas asesinadas», 1 de octubre de 1936; MORENO GÓMEZ, Francisco: *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*, Alpuerto, Madrid, 1985, pp. 212-213. Véase asimismo: *ABC de Sevilla*, «En el pueblo de Fuenteobejuna se repiten los crímenes llevados a cabo por los marxistas, donde sembraron el terror», 7 de octubre de 1936; *Odiel (Huelva)*, «La reconquista de Baena por las tropas salvadoras. Los asesinatos cometidos acusan aquí refinamientos crueles», 5 de agosto de 1936; *Odiel*, «Lo ocurrido en la cárcel de La Palma del Condado, es lo más horroroso que puede concebir el criminal más repugnante», 7 de agosto de 1936. Consúltese también: ARACIL PONS, Antonio: *Dolor y Triunfo. Héroes y mártires en los pueblos de Andalucía durante el Movimiento Nacional*, Tipografía Católica Casals, Barcelona, 1944; y «A PRELIMINARY OFFICIAL REPORT ON THE ATROCITIES COMMITTED IN SOUTHERN SPAIN IN JULY AND AUGUST, 1936, BY THE COMMUNIST FORCES OF THE MADRID GOVERNMENT. TOGETHER WITH A BRIEF HISTORICAL NOTE OF THE COURSE OF RECENT EVENTS IN SPAIN. ISSUED BY AUTHORITY OF THE COMMITTEE OF INVESTIGATION APPOINTED BY THE NATIONAL GOVERNMENT AT BURGOS», Eyre and Spottiswoode, Londres, 1936.

narraciones acerca de la violencia revolucionaria imputable a «los marxistas», divulgadas en los numerosos reportajes periodísticos y testimonios de carácter propagandístico que circularon con profusión por los territorios controlados por los rebeldes, se ensimismaban en una nimia recreación colmada de escabrosos detalles. En otro incontable número de casos se aludía al carácter sanguinario, atroz y despiadado de los actos represivos ejecutados por las izquierdas contra los derechistas más destacados de cada localidad, o contra los más prominentes miembros de la patronal agraria y las clases acomodadas de multitud de municipios rurales²⁰. En casi todas estas fabulaciones se aplicaba a las secuencias descriptivas un molde interpretativo cuajado de estereotipos y construcciones simbólicas de carácter cultural. Mediante la eficacia alcanzada por dicho molde, se contribuía a la edificación de un discurso anti-izquierdista rotundamente despreciativo y deshumanizador²¹.

Muy probablemente, la impresión desafortunada que contenían los relatos difundidos en la retaguardia rebelde sobre los actos revolucionarios registrados en la retaguardia republicana, acabó convirtiéndolos en un auténtico «agregado de significados», dotado de una elevada funcionalidad discursiva y simbólica. Este conglomerado de idealizaciones estaba asistido de una importante fuerza movilizadora y cohesiva, que al menos sirvió para suscitar la proliferación de actitudes individuales de auxilio a la violencia extrema empleada por los rebeldes en la puesta en práctica de las operaciones «limpieza política» llevadas a cabo en el transcurso de la contienda y una vez finalizada la guerra. La eficacia persuasiva de todos sus componentes encumbró al mencionado «discurso» a la categoría de auténtico instrumento cincelador de una identidad colectiva, congregada en torno a los principios de la honestidad, el amor patrio, la espiritualidad, el decoro y el más hondo sentimiento católico. Además de todo lo anterior, la cimentación del discurso legitimador del conflicto militar llevada a cabo en la retaguardia rebelde, rodeó de una aureola de santificación a la Guerra Civil misma. Esta última comenzó a ser concebida como una auténtica gesta purificadora y palingenésica,

²⁰ Véase: LANGA NUÑO, Concha: *De cómo se improvisó el franquismo durante la Guerra Civil: la aportación del ABC de Sevilla*, Centro de Estudios Andaluces, Sevilla, 2007, pp. 185-193; *Ideal*, «Algunas personas fueron quemadas vivas por los rojos en Alcalá la Real», 3 de octubre de 1936; *Ideal*, «Baza vuelve a la vida tras el terror sufrido», 2 de abril de 1939; *Ideal*-Edición Jaén, «Los vecinos de Arjona recuerdan aún con horror los crímenes cometidos durante el dominio rojo», 6 de mayo de 1939; *Ideal*, «Los marxistas destruyeron edificios y asesinaron a numerosas personas en Cádiz», 5 de julio de 1939; *Ideal*, «El crimen más espeluznante de Huéscar fue el martirio de una monja de 78 años», 4 de abril de 1939; *Ideal*, «En Martos cometieron los rojos más de quinientos asesinatos», 6 de abril de 1939, y un largo etcétera. Véase también: *ABC de Sevilla*, «Enseñamiento de los rojos. Persecución sin cuartel a los elementos de derecha. Un matrimonio quemado vivo. Refinamientos del terror marxista», 3 de agosto de 1936.

²¹ *Ideal*, «Guadix se ha salvado con el himno de la Falange», 30 de marzo de 1939.

en la que la violencia desmedida empleada contra el enemigo, se convertiría en la pira expiatoria de la que habría de renacer una nueva nación espiritualizada y eterna.

La conmemoración ritualizada del conflicto, el fervor colectivo y la forja de un nacionalismo emocional

La mayor parte de las visiones y reconstrucciones de la guerra y su significación histórica que se difundieron, con auténtica profusión, desde la retaguardia «nacionalista», aparecieron íntimamente ligadas a una permanente ritualización y escenificación del *Mito de la Nueva España*. Se pretendía con ello dotar de plasticidad al conjunto de componentes esencialistas, trascendentales, milenaristas o puramente místicos que vertebraban el discurso movilizador e identitario empleado por los rebeldes para justificar su proyecto político. Las ideas contenidas en los discursos movilizados que proliferaron durante el conflicto en el campo rebelde asumían una nueva forma mediante la teatralización de sus componentes estéticos más visibles, llevada a cabo por los nuevos protagonistas del proyecto fascistizado y totalitario que se estaba edificando. Las conmemoraciones del alzamiento militar contra las instituciones y el Estado republicano, celebradas durante los años 1937, 1938 y 1939, se erigieron en episodios de fervor y comunión entre la multitud de los adheridos a las nuevas autoridades y los representantes militares, civiles y eclesiásticos del Nuevo Estado²². Los desfiles callejeros de las milicias falangistas confluían en multitudinarias manifestaciones de fe religiosa y ardor nacional, donde se fundían las formas sacralizadas del culto católico con los signos de una nueva religión política que exaltaba a la Nación Liberada, y proclamaba el regreso del pasado esplendor imperial y católico de la Patria Única²³. En muchas de estas expresiones de adhesión incondicional a los principios antiliberales, antirrepublicanos y antiizquierdistas que exhumaban los discursos legitimadores del incipiente Estado franquista, la muchedumbre participaba de una suerte de celebración cargada de componentes estéticos, litúrgicos, místicos y casi sagrados. Los citados cultos cívico-religiosos se convirtieron en manifestaciones de exaltación ultranacionalista, cuyos participantes se sentían imbuidos de una corriente de vivencias altamente espiritualizadas que reforzaba su con-

²² CASANOVA, Julián: *La Iglesia de Franco*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 72-74. Véase también DI FEBBO, Giuliana: *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2002, pp. 154-155.

²³ El 18 de julio de 1937 se celebraron actos multitudinarios de carácter cívico-militar-religioso en las más importantes ciudades y poblaciones de la Andalucía Nacionalista, repitiéndose en casi todas ellas un patrón común de actos conmemorativos que congregaron cuantiosísimas multitudes. *ABC de Sevilla*, «Toda la España Liberada por el heroico esfuerzo del Ejército celebra con brillantes actos la fecha 18 de julio», 20 de agosto de 1937.

vicción de pertenencia a una nueva comunidad nacional cohesionada, aguerrida y viril²⁴. Desde esta particular percepción, se entienden mejor las impresionantes puestas en escena de las denominadas «misas de campaña», celebradas en amplios espacios públicos, presididas por monumentales escenarios cargados de insignias y emblemas alusivos a la fusión entre «la cruz y la espada», y dotadas de un espectacular efectismo sensorial y emotivo. Así lo prueban, al menos, las espectaculares celebraciones del «III^{er} Año Triunfal» que se diseminaron, el 18 de julio de 1938, tanto por la ciudad de Sevilla como por los principales núcleos de población y capitales de provincia de la Andalucía «nacionalista»²⁵. Para culminar con la grandiosa conmemoración del final victorioso del Ejército rebelde en la Guerra Civil que tuvo lugar en Sevilla el 17 de abril de 1939, con la presencia del generalísimo Franco, del general Queipo de Llano, de unos sesenta mil hombres uniformados y de más de trescientos mil asistentes a los actos públicos convocados²⁶.

Las lealtades primordiales al Nuevo Estado. Los ayuntamientos franquistas

La llegada del régimen democrático de la Segunda República coincidió con la acentuación de los rasgos deflacionarios y depresivos de la crisis agrícola y económica internacional de los años 30. A esto último debe agregarse el fortalecimiento inusitado de las organizaciones sindicales anarquistas, pero sobre todo socialistas, así como la promulgación de una legislación laboral que favorecía intensamente al conjunto de los asalariados del campo y la ciudad, asistiéndolos en la demanda de sus derechos en sus tradicionales, y con frecuencia conflictivas, relaciones laborales sostenidas con la patronal y los terratenientes. La acentuación de los conflictos huelguísticos en la agricultura, y por extensión en la práctica totalidad de los sectores productivos, durante el periodo republicano, y muy especialmente durante los años 1931-1934 y 1936, se unió a la cada vez mayor fragmentación política existente en la sociedad española. La fortaleza de las izquierdas, asociada a la progresiva radicalización de sus estrategias reivindi-

²⁴ COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María: «Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», en *Historia y Política*, n.º 16, 2, 2006, pp. 131-158; LANGA NUÑO, C.: *Educación y propaganda en la Sevilla de la Guerra Civil*, Biblioteca de Temas Sevillanos, Sevilla, 2001, pp. 51-52; ORTIZ DE VILLANOS, C.: *Crónica de Granada en 1938; II-III Año Triunfal*, Imprenta Urania, Granada, 1938, pp. 145-146.

²⁵ *ABC de Sevilla*, «España, redimida por Franco, vibró ayer de fervores patrióticos al conmemorar el 18 de julio», 19 de julio de 1938.

²⁶ *Ideal*, «Unas trescientas mil almas en plena exaltación patriótica», 18 de abril de 1939.

cativas y al extremismo verbal de sus mensajes, chocó cada vez más frontalmente con la gradual gestación de discursos corporativistas, antidemocráticos y antirrepublicanos, desplegados desde las grandes formaciones políticas de la derecha autoritaria, monárquica y católica, así como desde las principales organizaciones y corporaciones patronales. Tales discursos se vieron, además, mayoritariamente respaldados por los estratos intermedios del campesinado de pequeños propietarios y arrendatarios, así como por una variada gama de profesionales, artesanos, modestos empresarios y humildes comerciantes, castigados por la crisis económica de los treinta, o por la *excesiva* combatividad de los asalariados y las clases populares. Buena parte de las clases medias rurales y urbanas, y principalmente los integrantes de aquellos grupos sociales intermedios más fervientemente ligados a la defensa de la moral y los postulados doctrinales del catolicismo más conservador, se sintió asimismo injuriada en sus más íntimas convicciones. Una elevada proporción de los grupos sociales mencionados llegó a interpretar la legislación antirreligiosa y laicizante, puesta en marcha por el régimen republicano, como una intolerable degradación de los soportes éticos y los valores culturales sobre los que había modelado su propia identidad, y le habían asistido en la consolidación de su peculiar prestigio²⁷.

El estallido de la Guerra Civil provocó que en una gran cantidad de poblaciones donde no triunfó inicialmente el alzamiento militar se registrase una miríada de actos revolucionarios, mayoritariamente protagonizados por los jornaleros o los sectores más humildes de cada localidad, quienes perseguían de esta forma la instauración de un nuevo orden económico y político. La Guerra Civil ocasionó, pues, una profunda y violenta transformación de las relaciones sociales en todas aquellas comarcas rurales donde, tras el asentamiento más o menos definitivo de la retaguardia republicana, fracasaron los primeros y titubeantes intentos de

²⁷ La incidencia de la legislación laicizante y del reformismo agrario sobre la actitudes crecientemente opuestas a la democracia republicana manifestadas por un amplio espectro de clases medias, y de manera especial por el campesinado familiar de pequeños propietarios y arrendatarios; así como la progresiva adscripción de este último segmento social a la defensa de las propuestas antiparlamentarias de la derecha autoritaria, son cuestiones que pueden ser consultadas en: LINZ, Juan J.: «From Great Hopes to Civil War: The Breakdown of Democracy in Spain», en LINZ, J. J. y STEPAN, A., *The Breakdown of Democratic Regimes. Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1978, pp. 142-215, pp. 150-155. Acerca del caso de la derechización del campesinado salmantino pueden consultarse: ROBLEDO, Ricardo: «‘El campo en pié’. Política y Reforma Agraria», en ROBLEDO, R. (ed.), *Esta Salvaje Pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona, 2007, pp. 3-51; el caso andaluz, en COBO ROMERO, Francisco: *De Campesinos a Electores*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003. Véase también: VINCENT, Mary: *Catholicism in the Second Spanish Republic. Religion and politics in Salamanca, 1930-1936*, Clarendon Press, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1996.

involución fascista. En tales espacios geográficos los comités populares fueron los auténticos dueños de una situación que podríamos calificar de revolucionaria. Practicaron la detención o el exterminio físico de los propietarios derechistas más prominentes, incautaron toda suerte de propiedades rústicas y modestos negocios comerciales o empresariales, llevaron a cabo infinidad de colectivizaciones, y ocasionaron gravísimos daños en el patrimonio eclesiástico, provocando así la soterrada inquina de cuantos contemplaban, impávidos, el ultraje practicado sobre sus más preciados valores culturales, religiosos y morales. Muchos ricos patronos, e incluso algunos pequeños propietarios y arrendatarios que se habían significado por su actitud antirrepublicana durante los meses previos al conflicto, resultaron gravemente dañados en sus intereses materiales, así como seriamente humillados por los colectivos más radicalizados de cada pueblo o ciudad²⁸. Los perjuicios ocasionados a un buen número de modestos propietarios y arrendatarios por la oleada revolucionaria protagonizada por los jornaleros en los inicios de la Guerra Civil, pudieron orientar definitivamente a los primeros hacia la defensa incondicional de las propuestas de jerarquía, autoridad y regreso al viejo orden rural y patronal, defendidas por el naciente régimen franquista.

En aquellas otras comarcas y ciudades prontamente instaladas en la retaguardia «nacionalista» bajo el control de las tropas rebeldes, concurrieron asimismo circunstancias propiciatorias para la adhesión masiva de extensos colectivos sociales intermedios a los postulados decididamente antirrepublicanos sostenidos por la derecha más radicalizada²⁹. Muchos de los integrantes de los mencionados

²⁸ El alcance de las medidas de expropiación dictadas desde el Instituto de Reforma Agraria —en cumplimiento del decreto de 7 de octubre de 1936 promulgado por el Ministerio de Agricultura, mediante el que se incautaban las tierras pertenecientes a personas desafectas al régimen republicano o que hubiesen participado en actos de rebeldía contra las legítimas autoridades de la República— fue muy considerable en aquellas comarcas de la provincia de Granada que permanecieron bajo control gubernamental (republicano). En algunos partidos judiciales con predominio de la pequeña propiedad, el total de fincas expropiadas fue cuantiosísimo. En toda la provincia, las pequeñas explotaciones expropiadas alcanzaban una superficie global de 34.505 hectáreas. Consúltense, sobre este particular, las siguientes aportaciones: GIL BRACERO, Rafael: *Guerra Civil en Granada, 1936-1939. Una revolución frustrada y la liquidación de la experiencia republicana de los años treinta*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, Granada, 1995, pp. 1260 y ss., y *Revolucionarios sin revolución. Marxistas y anarcosindicalistas en la guerra: Granada-Baza, 1936-1939*, EUG, Granada, 1998, p. 326; COBO ROMERO, Francisco: *La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén, 1936-1950*, Diputación Provincial, Jaén, 1994; y Archivo General de la Guerra Civil Española, Salamanca, Sección Político-Social: Alicante, Barcelona, Castellón, Extremadura, Jaén, Madrid, Valencia, Vinaroz.

²⁹ Al respecto véase LAZO, Alfonso: *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1998, y más recientemente LAZO, Alfonso y PAREJO FERNÁNDEZ, José Antonio: «La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla», en *Ayer*, n.º 52, 2004, pp. 237-253.

colectivos experimentaron durante el conflicto una suerte de «acelerada fascistización», pues se sintieron profundamente identificados con los ideales antidemocráticos y antiparlamentarios que desde muy pronto se erigieron en hegemónicos en el seno del bando rebelde. Tales actitudes se vieron condicionadas por la abominable imagen con la que muchos de ellos interiorizaron la profusa difusión de los episodios de apasionado enfrentamiento político, religioso o socio-laboral que jalonaron los años republicanos. Buena parte de las clases medias rurales y urbanas, y principalmente los integrantes de aquellos grupos sociales más fervientemente ligados a la defensa de la moral y los postulados doctrinales del catolicismo más conservador, se sintió asimismo injuriada en sus más íntimas convicciones. Una elevada proporción de los segmentos sociales mencionados llegó a interpretar la legislación antirreligiosa y laicizante, puesta en marcha por el régimen republicano, como una intolerable degradación de los soportes éticos y los valores culturales sobre los que había modelado su propia identidad, y le habían asistido en la consolidación de su peculiar prestigio. Casi todos aquellos estratos sociales visualizaron la potencia reivindicativa de las clases trabajadoras como una injustificable amenaza, que debilitaba sus tradicionales posiciones sociales y hacía palidecer su otrora respetado y sólido estatus social. Cuando al iniciarse la guerra, las tropas rebeldes y sus aliados tradicionalistas, monárquicos o fascistas pusieron en marcha un auténtico exterminio sistemático de los opositores izquierdistas, o proclamaron la defensa de los fundamentos ideológicos del nacionalismo ultracatólico y regenerador sobre los que habría de instalarse una nueva realidad política superadora del denostado régimen republicano, se gestaron las bases propiciatorias para que muchos de los integrantes de aquellos mismos grupos sociales a los que venimos haciendo referencia se alinearan en el bando antidemocrático, en defensa de un «Nuevo Estado» dictatorial y parafascista³⁰. Quizá de esta manera pueda entenderse el vasto fenómeno de adscripción masiva y voluntaria protagonizado por varios miles de ciudadanos corrientes, que acudieron en tropel, durante las primeras jornadas del conflicto, a alistarse en las milicias cívicas, o en los embrionarios órganos paramilitares prontamente colocados bajo la autoridad del ejército sublevado³¹.

³⁰ El mes de agosto de 1938, el número de integrantes de la segunda línea de milicias que operaban en la retaguardia nacionalista andaluza, ascendía a un total de 44.451 hombres. Véase SEVILLANO CALERO, Francisco: *Exterminio. El terror con Franco*, Oberon, Madrid, 2004, pp. 128-129. Consúltese, asimismo, el ya clásico estudio de CASAS DE LA VEGA, Rafael: *Las milicias nacionales*, Editora Nacional, Madrid, 1977, Vol. II, pp. 855-863, vid. especialmente las páginas 860-861.

³¹ La constitución de las milicias de voluntarios «nacionalistas» fue profusamente estudiada por Rafael Casas de la Vega (*op. cit.*); y mucho más recientemente lo ha sido por SEMPRÚN, José: *Del Hacho al Pirineo. El Ejército Nacional en la guerra de España*, Actas Editorial, Madrid, 2004, pp. 164-209. No obstante, las profundas raíces ideológicas y culturales que incitaron a la violencia a extensos y muy heterogéneos colectivos

Fue precisamente este denso magma multicolor, integrado por los componentes de muy diversos grupos intermedios de la sociedad andaluza de los años treinta y cuarenta del pasado siglo XX, el que, azuzado por las duras controversias políticas desatadas durante el conflicto civil, vejado por el ultraje practicado contra sus más hondas convicciones religiosas, castigado o perseguido por la radicalización de las izquierdas y los sectores populares, y exaltado por el clima generalizado de violencia y muerte que arrasó ambas retaguardias, protagonizó una adhesión incondicional a las propuestas patrióticas, ultranacionalistas y de regeneración nacional desplegadas desde el bando militar rebelde. En consecuencia, un acrisolado y multiforme conjunto de grupos sociales intermedios –intensamente politizados en las constantes pugnas de los años treinta, al tiempo que severamente castigados por la enorme capacidad reivindicativa de los sectores populares y los jornaleros–, se identificó más o menos entusiásticamente, desde un primer momento, pero sobre todo durante el transcurso de la Guerra Civil, con las consignas autoritarias o fascistas del recién instaurado régimen dictatorial. Una considerable proporción de integrantes de los grupos sociales descritos incluso aceptó gustosamente formar parte de los nuevos poderes municipales, encargados de llevar hasta los últimos confines del espacio local las políticas reaccionarias del nuevo régimen dictatorial. El Nuevo Estado franquista construyó un poderoso entramado institucional, con el fin de asegurar su reproducción normalizada y su continuidad en el tiempo. Edificó una amplia red de apoyos sociales acentuadamente diversificada y heterogénea, dispuesta a canalizar la adhesión de cuantos habían resultado enormemente perjudicados por el avance de las izquierdas en la etapa histórica inmediatamente precedente, o habían experimentado una sensible derechización como respuesta a los enormes perjuicios que les había ocasionado tanto la intensa conflictividad social del periodo republicano. Una de las piezas fundamentales sobre las que se instalaba aquel denso entramado político-institucional del franquismo al que hemos aludido fue el poder municipal³².

Tal y como prueba el sistemático análisis efectuado sobre un total de casi 3.300 cargos municipales franquistas repartidos por toda Andalucía, y referido al comportamiento político que cada uno de ellos evidenció durante el transcurso de los años treinta, y especialmente durante la Guerra Civil, un elevadísimo porcenta-

sociales de la retaguardia «nacionalista» durante los primeros meses de la Guerra Civil, han sido muy recientemente expuestas por SEVILLANO CALERO, Francisco, *op. cit.*, 2004, pp. 29-43.

³² CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio: «La vuelta a la historia, Caciquismo y Franquismo», en *Historia Social*, n.º 30, 1998, pp. 119-132; *Desarrollo sin reformistas. Dictadura y campesinado en el nacimiento de una nueva sociedad en Almería, 1939-1975*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1999; y «Dictatorship from Below: Local Politics in the Making of the Francoist State, 1937-1948», en *Journal of Modern History*, n.º 71, 4, 1999, pp. 882-901.

je, situado en el 67,47% del total, o bien sufrió una violenta persecución por parte de las izquierdas en la retaguardia republicana, reforzando así posteriormente su adhesión incondicional al nuevo régimen franquista, o bien se adhirió a Falange Española o a las tropas insurgentes desde los primeros meses del conflicto civil o a lo largo del mismo³³. En resumen, pues, podemos afirmar abiertamente que tras la victoria franquista, las clases patronales, los pequeños y modestos labradores y el abigarrado conjunto de sectores sociales intermedios dañados en sus intereses por la experiencia democratizadora de los años treinta, constituyeron una inédita y renovada alianza en torno a los nuevos ayuntamientos³⁴. Como demuestra el pormenorizado análisis socio-profesional y socio-político que ha sido llevado a cabo en algunos estudios recientes, el nuevo bloque social dirigente que el régimen franquista situó al frente de las corporaciones municipales, estaba integrado por hombres relativamente jóvenes –e incluso bastantes de ellos, en torno a un 24% del total de cargos analizados, muy jóvenes–, nacidos aproximadamente entre 1908 y 1918, y mayoritariamente pertenecientes a los grupos sociales rurales intermedios. Asimismo es preciso dejar constancia de que únicamente un reducidísimo porcentaje de entre todos los cargos municipales analizados había tenido la oportunidad de desempeñar alguna responsabilidad municipal, en defensa de los partidos y coaliciones derechistas, durante el transcurso de los años republicanos previos a la instauración de la dictadura³⁵.

Falange y la canalización de los sentimientos de identificación con el Nuevo Estado

Las sucesivas formas que adoptó la adscripción de los individuos comunes a los órganos políticos de encuadramiento del bando rebelde durante los primeros meses de la Guerra Civil (Falange Española, Requeté, Guardias Cívicas, Milicias Ciudadanas, etc.), o a los primigenios órganos de la dictadura franquista

³³ Archivo General de la Administración (AGA), Alcalá de Henares (Madrid), Sección Ministerio del Interior, Dirección General de Administración Local, Régimen de Personal, Cajas números: 2.532, 2.539, 2.540, 2.541, 2.544, 2.549, 2.596, 2.599, 2.601, 2.606, 2.627, 2.628, 2.629, 2.756, 2.758, 2.759, 2.760, 2.762, 2.766, 2.769, 2.775, 2.904, 2.905, 2.906, 2.908, 2.913, 2.914, 2.915, 2.916, 2.917, 2.918, 3.006, 3.007, 3.008, 3.010, 3.120, 8.012 y 20.640.

³⁴ Véase COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María: «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948», en *Historia Social*, n.º 51, 2005, pp. 49-72; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía oriental (1936-1951)*, Comares, Granada, 2007; y «‘Hombres nuevos’. El personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)», en *Ayer*, n.º 65, 2007, pp. 237-267.

³⁵ COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María, *op. cit.*, p. 70.

instaurados en su primera etapa fundacional (Falange Española Tradicionalista, Milicias falangistas, etc.), resultan enormemente explicativas de la capacidad de obtención de muy heterogéneos apoyos sociales que fue capaz de alcanzar el Nuevo Estado. Sabemos muy poco al respecto, aún cuando conocemos algo mejor los episodios de intensa movilización social que suscitaron las consignas antiizquierdistas, ultranacionalistas y ultracatólicas del entonces emergente Estado franquista, acontecidos en las ciudades de la retaguardia «nacionalista» durante las ardorosas jornadas del verano de 1936. Las incorporaciones masivas de ciudadanos corrientes a las milicias de retaguardia recién organizadas en los territorios en los que inicialmente triunfó el alzamiento militar rebelde³⁶, ponen de manifiesto el enorme poder disuasorio que contenían los constantes llamamientos a un vasto movimiento de regeneración patriótica entre un complejo y variopinto colectivo de individuos pertenecientes a una gran cantidad de grupos sociales³⁷. El asunto, pese a todo, ha sido escasamente estudiado por la historiografía española –y andaluza– más reciente.

Tal vez sea oportuno, en este punto, aludir al caso de la Falange sevillana, y al fenómeno de progresiva, y acelerada, adscripción al partido fascista que se registró en algunas comarcas del suroeste español, no solamente durante los años de la Guerra Civil y la inmediata posguerra, sino asimismo –aún cuando con un tenor sensiblemente diferente– durante los meses inmediatamente previos al alzamiento militar de julio de 1936. Los datos aportados por Alfonso Lazo y José Antonio Parejo³⁸ pueden resultar concluyentes al respecto de una severa rectificación de cuanto, en derredor de esta cuestión, se ha venido sosteniendo. Si bien el ámbito geográfico de sus pesquisas pudiera parecer insuficiente –por cuanto excesivamente limitado–, la reiterada reproducción de determinados modelos de comportamiento político constatada en un revelador número de localidades agrarias, y el señalamiento de pautas repetitivas de adhesión individual a las organizaciones falangistas locales escenificadas por colectivos sumamente

³⁶ Para el caso de la movilización derechista en la ciudad de Granada, consúltese: GOLLONET MEGÍAS, Ángel y MORALES LÓPEZ, José: *Rojo y Azul en Granada*, Librería Prieto, Granada, 1937, pp. 159-178; GIL BRACERO, Rafael y BRENES, María Isabel: *Jaque a la República. Granada (1936-1939)*, Osuna, Granada, 2009; HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio *Granada Azul. La construcción de la “Cultura de la Victoria” en el primer franquismo*, Comares, Granada, 2011.

³⁷ Véase UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

³⁸ LAZO, Alfonso y PAREJO FERNÁNDEZ, José Antonio, *op. cit.*, 2004. Véase asimismo: PAREJO FERNÁNDEZ, José Antonio: *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2004, pp. 49-103; *Las piezas perdidas de la Falange: el Sur de España*, Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2005, pp. 123-169, y *Señoritos, Jornaleros y Falangistas*, Bosque de Palabras, Sevilla, 2008.

heterogéneos del mundo rural, diseñan un patrón interpretativo que, por redundante, merece ser tenido muy en cuenta. Según las aportaciones de Lazo y Parejo, la militancia falangista de las comarcas de la campiña y la sierra sevillanas experimentó un considerable incremento en los meses inmediatamente previos al estallido del conflicto civil en julio de 1936, volviéndose a registrar abultados añadidos entre ese mismo mes y la promulgación del decreto de unificación de abril de 1937. Pero lo más destacable de todo ello no fue solamente el ritmo, ciertamente trepidante en algunos casos, con que se produjo la arribada a las filas del falangismo rural de colectivos numéricamente muy significativos de la población agraria, sino, sobre todo, la variopinta composición social y socio-profesional de los adheridos. Sorprende asimismo el sustancioso apoyo recibido por la Falange entre el campesinado de pequeños propietarios, así como las tempranas simpatías que despertó entre una multitud de jornaleros y braceros agrícolas que abundaba numéricamente en las comarcas señaladas³⁹. En suma, pues, parece claro que Falange debió comportarse antes de la Guerra Civil, y de manera muy especial durante el trágico desenvolvimiento del conflicto, como un partido con auténtica vocación «interclasista», instalado en la defensa de un imaginario plagado de alusiones a una rotunda –y cabría añadir «revolucionaria»– regeneración moral, cultural y política de la nación española de carácter extremadamente derechista, anti-izquierdista y anti-democrático. La Falange se constituyó en una auténtica milicia dotada de un mensaje político saturado de numerosas alusiones a la efímera y catastrófica experiencia democrática de la Segunda República, catalogada como un execrable periodo de la reciente historia hispana cargado de inestabilidad, desorden, conflictividad y crisis que, supuestamente al menos, habría perjudicado los intereses del conjunto de la población rural. Las invocaciones del falangismo a la recuperación de la «paz social», el aniquilamiento de las izquierdas –y especialmente de los odiados socialistas–, la aplicación de la «justicia social» en las relaciones laborales entre patronos y asalariados, o la promesa de una equitativa distribución de la propiedad de la tierra⁴⁰, debieron calar no solamente entre los tradicionales representantes del viejo orden rural y la burguesía agraria, sino asi-

³⁹ En algunas poblaciones del Aljarafe sevillano, la fuerte presencia de campesinos y jornaleros entre las filas del falangismo hacia el año 1937 resultaba realmente espectacular. El caso de la población de Salteras, donde los pequeños agricultores significaban el 19 % de la militancia falangista, y los jornaleros nada más y nada menos que el 61% de la misma, así lo pone de manifiesto. En el conjunto de las poblaciones «aljarafeñas» estudiadas por Lazo, y de acuerdo con un análisis exhaustivo de la militancia falangista contabilizada en todas ellas y registrada entre 1939 y 1943, los pequeños agricultores constituían el 8,4% de la misma, y los jornaleros el 45,2%. Al respecto véase: LAZO, Alfonso, *op. cit.*, 1998, pp. 37-39.

⁴⁰ PRIMO DE RIVERA, José Antonio: *Discursos Parlamentarios: Sobre la Reforma Agraria*; y *Arriba* (Madrid), «Labradores», 18, 7 de noviembre de 1935. Véase también: PRIMO DE RIVERA, José Antonio: *Obras Completas*, (Recopilación y ordenación de

mismo entre extensos colectivos de modestos labradores, profesionales liberales, y pequeños comerciantes, empresarios o artesanos. Incluso cabría afirmar que sus consignas se diseminaron entre una nada despreciable cantidad de jornaleros y braceros agrícolas hastiados de la permanente tensión laboral a que se vieron sometidos durante los conflictivos años republicanos, o desesperanzados ante la constante demora en la aplicación de las medidas de una reforma agraria tan reiteradamente anunciada como constantemente diferida.

El sentimiento identitario de los «vencedores». La acusación y la delación como expresiones de respaldo, identificación y acatamiento

Otro capítulo importante en todo lo relativo a las formas de colaboración de los ciudadanos comunes con las nuevas autoridades franquistas lo constituyen las delaciones y las múltiples fórmulas de asistencia individual prestada a los órganos policiales y las fuerzas del orden público. Al igual que ocurriese con otros regímenes dictatoriales europeos de corte fascista o ampliamente fascistizado, las instituciones originarias del naciente Estado Franquista animaron de una forma permanente y constante a la ciudadanía para que prestase su colaboración con las fuerzas represivas y de orden público. El resultado se tradujo en la decidida colaboración de multitud de ciudadanos comunes y anónimos en las tareas de represión, castigo y exterminio de todos cuantos pasaron a ser considerados antiespañoles, «asociales», antipatriotas o izquierdistas, amén de todos aquellos individuos que pudiesen ser objeto de inculpación por su manifiesta apatía, tibio respaldo a las nuevas instituciones del poder insurgente o declarada oposición y abierto rechazo a las mismas⁴¹.

Agustín del Río Cisneros y Enrique Conde Gargollo), Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular de FET de las JONS, Madrid, 1945, pp. 383-390 y 627-630.

⁴¹ Al respecto de las prácticas de delación y el concurso de la población prestado al régimen nazi véanse las siguientes aportaciones: GELLATELY, Robert: *Backing Hitler. Consent and coercion in Nazi Germany*, Oxford University Press, Oxford, 2001 (existe traducción al español: *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 344-345); JOHNSON, Eric Arthur: *Nazi Terror. The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Basic Books, Nueva York, 1999 (existe traducción al español: *El terror nazi. La Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 395 y ss.); GELLATELY, Robert: *The Gestapo and German society: enforcing racial policy, 1933-1945*, Clarendon Press, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1990 (existe traducción al español, *La Gestapo y la sociedad alemana. La política racial nazi (1933-1945)*, Paidós, Barcelona, 2004, pp. 354 y ss.); y del mismo autor, «Gestapo and German Society: Political denunciation in the Gestapo case files», en *Journal of Modern History*, n.º 60, 4, 1988. Para obtener una perspectiva comparada sobre el papel de la delación y la acusación de los ciudadanos comunes en los regímenes dictatoriales, consúltese FITZPATRICK, Sheila y GELLATELY, Robert (comps.): *Accusatory*

Sabemos, a día de hoy, muy poco acerca del calado que tuvieron entre la ciudadanía común las invitaciones constantes, emanadas de las nuevas instituciones franquistas, que inducían a la colaboración activa con las fuerzas del orden y las autoridades militares. Pero algunos indicios apuntan a que la costumbre de la denuncia debió extenderse, desde los años de la guerra y en la inmediata posguerra, como reguero de pólvora. Tras la finalización del conflicto, las nuevas autoridades franquistas se autoproclamaron portadoras de una nueva etapa, regeneradora y justiciera, encargada de resarcir a la población más intensamente perjudicada por los excesos revolucionarios y anticatólicos de las izquierdas de cuantos agravios y ultrajes habían sufrido durante la «oprobiosa» etapa de la República y la guerra. Una considerable proporción de ciudadanos comunes, impulsada por el deseo de vengar a sus muertos o represaliados por los excesos revolucionarios del periodo bélico, y deseosa de llevar a cabo una labor de auténtica regeneración patria mediante el exterminio de los declarados enemigos de la «Nueva España», se aprestó a practicar toda suerte de delaciones. Al actuar de esta manera, una nada despreciable cantidad de colaboradores puso en manos de las autoridades militares y las fuerzas del orden público un inmenso arsenal de acusaciones, generalmente dirigidas contra los integrantes de aquellos colectivos sociales cuya depuración, aniquilamiento o exterminio se propugnaba como un objetivo inmediato⁴². La participación en una auténtica orgía de venganza contra los identificados como «enemigos de las esencias católicas, tradicionalistas y patrióticas» de la nación hispana favoreció la solidificación, en el todavía confuso magma social adscrito al bando rebelde y al Nuevo Estado, de una informe multitud de lazos simbólicos. De esta manera, quienes colaboraron conscientemente en las labores de auxilio a los represores franquistas, se hicieron partícipes de la gestación de una poderosa conciencia de pertenencia a la nueva «comunidad de los vencedores». Una comunidad solidificada y cohesionada por mor de su común empeño en una profunda labor de regeneración ultracatólica de la raza hispana⁴³.

En tan intensa labor de exterminio participó de una manera directa una ingente multitud de integrantes de las abultadas milicias falangistas. A iniciativa de las Jefaturas Provinciales de Falange fueron enviados a los pueblos andaluces ocupados por las tropas rebeldes diferentes delegados, con potestad para nombrar

practices: denunciation in Modern European History, 1789-1989, University of Chicago Press, Chicago, 1997.

⁴² Véase RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar: *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo en Almería, 1939-1953*, Universidad de Almería, Almería, 2008, pp. 104 y ss.; y del mismo autor: «“Cuando lleguen los amigos de Negrín...”». Actitudes individuales y opinión pública ante la II Guerra Mundial en una provincia del Sur. Almería, 1939-1945», en *Historia y Política*, n.º 18, 2007, pp. 295-323.

⁴³ ANDERSON, Peter: *The Francoist Military Trials. Terror and Complicity, 1939-1945*, Nueva York, Routledge, 2010.

las nuevas gestoras municipales que debían sustituir a los ayuntamientos constituidos en la etapa del Frente Popular. Tales gestoras habrían de hacerse cargo de la reconstrucción del orden público, así como de las labores de vigilancia, persecución y exterminio de los declarados «desafectos». Las mencionadas nuevas gestoras municipales adoptaron en seguida acuerdos tendentes a la formación de milicias cívicas de retaguardia, integradas por ciudadanos comunes que habían mostrado una probada lealtad al nuevo orden político, así como por destacados representantes de la elite local y la oligarquía rural interesados en la supervisión de las labores represivas que comenzaban a llevarse a efecto, con una precisión hasta entonces desconocida, en todo el ámbito de la retaguardia «nacionalista». Las delaciones y las acusaciones discrecionales e indiscriminadas debieron alcanzar un ritmo frenético. Parece hartamente probable que muchas de aquéllas proviniesen de la actividad delatora practicada por multitud de individuos pertenecientes a una heterogénea gama de grupos sociales, que se sentían o bien identificados con la nueva situación política recién instaurada, o bien conscientes de prestar un servicio de lealtad a las nuevas autoridades mediante el estricto cumplimiento de la reglamentación y la legislación represiva que acababa de implantarse⁴⁴. Así pues, durante esta primera etapa de «limpieza de desafectos», prolongada desde julio de 1936 hasta febrero de 1937, la actuación de las Guardias Cívicas y de los voluntarios falangistas o del Requeté resultó decisiva.

El caso estudiado por el profesor Lazo, nos muestra la existencia de núcleos de organización falangista en la práctica totalidad de los pueblos sevillanos que quedaron incorporados a la retaguardia rebelde durante los meses veraniegos del año 1936. En los mencionados municipios rurales se procedió a la puesta en pie, desde los primeros lances del conflicto, de los servicios de información y vigilancia, encargados de realizar las tareas de depuración de la retaguardia, control social y denuncia y persecución de cuantos eran considerados desafectos, o encarnaban un potencial peligro de disidencia o desestabilización del nuevo orden político recién instaurado. Tras producirse la unificación, y una vez promulgado el oportuno decreto, los mencionados servicios pasaron a integrarse en las Delegaciones Locales de Información de FET de las JONS, asimismo dependientes de la Delegación provincial de información del partido único⁴⁵. Desde los órganos centrales de los servicios de inspección, vigilancia e información de FET de las JONS pronto se emitieron prolijas circulares y detallados documentos. En casi todos ellos se desgranaban las principales obligaciones que, en materia de control social de los individuos sospechosos de desafección o declaradamente enfrentados a los principios ideológicos y políticos sobre los que comenzaba a

⁴⁴ MORENO GÓMEZ, Francisco: *Córdoba en la posguerra. La represión y la guerrilla, 1939-1950*, Baena Editor, Córdoba, 1987, pp. 98-109.

⁴⁵ LAZO, Alfonso, *op. cit.*, 1998, pp. 55 y ss. .

fundarse el Nuevo Estado, correspondía llevar a cabo a los responsables locales de las tareas de persecución política de los opositores. Entre los destinatarios de tan sutil inspección se incluían a los propios integrantes de las organizaciones falangistas, hasta un extremo que nos debe hacer pensar que la sociedad toda se vigilaba a sí misma, inmersa en una histeria colectiva de sospechas y acusaciones recíprocas. No solamente se elaboraban informes relativos a las precedentes actuaciones políticas de todos aquellos individuos considerados objeto de investigación o pormenorizada vigilancia, sino que asimismo se escrutaba la conducta moral, e incluso las manifestaciones más íntimas del comportamiento afectivo o sexual de quienes fuesen tildados, bajo el dedo acusatorio del falangismo, como potenciales protagonistas de una conducta subversiva, antinacional, «moralmente degradante», o sencillamente desleal hacia el nuevo orden político recién implantado. Una intromisión de tan profundo calado, que trataba de hurgar incluso en los más recónditos espacios de la vida afectiva y la intimidad del hogar, requirió, sin lugar a dudas, de la estrecha cooperación prestada por multitud de informantes anónimos⁴⁶. En alguna medida, incluso se podría afirmar que, durante los años de la Guerra Civil, e incluso a lo largo de la práctica totalidad de la década de los cuarenta, los órganos locales de la Falange tejieron una densa red de vigilancia y control social en el ámbito de multitud de comunidades locales, viéndose frecuentemente asistidos por la prestación de colaboración y por la transmisión de información protagonizada por multitud de individuos comunes⁴⁷. Incluso podría probarse el hecho de que un buen puñado de falangistas se viese asimismo incitado a la práctica de la delación contra los enemigos del inmediato pasado, movido por la exclusiva finalidad de apropiarse de sus pertenencias, en una suerte de expolio generalizado que trataba de aniquilar económicamente a los «vencidos», y restañar las viejas heridas acumuladas en un prolongado periodo histórico de acentuación de los enfrentamientos sociales y las confrontaciones partidistas o ideológicas⁴⁸. Puede concluirse, pues, que un amplio y abigarrado sector de la población de infinidad de localidades rurales y núcleos de población urbanos, que había quedado identificado en mayor o menor medida con el ordenamiento jurídico, ideológico, cultural, legal y político que resultó triunfante tras la finalización del conflicto civil, debió prestar una asistencia desinteresada en las labores represivas desencadenadas por el Nuevo Estado. Como norma general, los integrantes

⁴⁶ PAREJO FERNÁNDEZ, José Antonio: «Fascismo rural, control social y colaboración ciudadana. Datos y propuestas para el caso español», en *Historia Social*, n.º 71, 3, 2011, pp. 143-159, (Dossier sobre «Los apoyos sociales al franquismo en perspectiva comparada», coordinado por Francisco Cobo Romero y Miguel Ángel del Arco Blanco).

⁴⁷ LAZO, Alfonso, *op. cit.*, 1998, pp. 57 y ss. .

⁴⁸ MORENO GÓMEZ, Francisco: «La represión oculta: el gran tabú de la democracia», en BEDMAR, A. (coord.), *Memoria y Olvido sobre la Guerra Civil y la Represión Franquista*, Ayuntamiento de Lucena, Córdoba, 2003, pp. 21-37, véase especialmente la página 30.

del mencionado colectivo de adheridos a la «causa política» del Nuevo Estado se aprestó a colaborar de una forma continuada con los Juzgados Militares que proliferaron por todo el territorio nacional, auxiliando a los militares que integraron las Auditorías del Ejército de Ocupación que recababan, en cada población ocupada por las tropas franquistas, información precisa acerca de los inductores y ejecutores de los actos revolucionarios, los asesinatos y el encarcelamiento de derechistas, las incautaciones y las expropiaciones que se habían sucedido en la retaguardia republicana durante los primeros meses de la Guerra Civil⁴⁹. Un vasto aluvión de inculpaciones fue puesto a disposición de los activistas y colaboradores de Falange Española Tradicionalista, los cuerpos y responsables del orden público –Guardia Civil, Policía, etc.– o la multitud de organismos judiciales encargados de la puesta en práctica de la represión sobre los «vencidos». Muchos de estos últimos órganos judiciales habían surgido del amplio espectro de jurisdicciones especiales que, en detrimento de la justicia ordinaria, puso en pie el nuevo régimen franquista desde 1939 en adelante –Responsabilidades Políticas⁵⁰, Represión de la Masonería y el Comunismo, Tribunales Militares para la persecución de los delitos de rebelión, Fiscalía de Tasas, Juzgados Especiales de Abastecimientos, etcétera–⁵¹.

La vorágine de la violencia. Los mitos de la Guerra Civil y la exaltación espiritualizada de la nación

Como ya ha sido sugerido anteriormente, la coyuntura de confrontación bélica del periodo 1936-1939 contribuyó a la simplificación, y aún a la sistematización inteligible, de los discursos ideológicos sostenidos por el bando rebelde alzado en armas contra la legitimidad democrática republicana. En el febril y asfixiante clima de destrucción, terror y muerte que súbitamente envolvió el enfrentamiento de masas iniciado en 1936, también tuvieron cabida las construcciones discursivas –con su correspondiente expresión lingüística– propiciatorias de la brutalización de la política, la exaltación divinizada de la violencia, la satanización deshumanizadora del enemigo y la sacralización del potencial palingenésico de

⁴⁹ La prosecución de las investigaciones sobre el papel cumplido por los ciudadanos comunes en las tareas de delación y colaboración con las nuevas autoridades militares franquistas, ha convertido en insustituible el estudio de los *Ficheros de Criminalidad* elaborados por las Auditorías del Ejército de Ocupación. Consúltese: Archivo General de la Guerra Civil Española, Salamanca, Ficheros de Criminalidad correspondientes a los territorios ocupados por el Ejército Nacional.

⁵⁰ Véase ÁLVARO DUEÑAS, Manuel: *Por ministerio de la ley y voluntad del caudillo. La Jurisdicción Especial de Responsabilidades Políticas (1939-1945)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2006.

⁵¹ LANERO TÁBOAS, Mónica: *Una milicia de la justicia. La política judicial del Franquismo (1936-1945)*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1996, pp. 318-338.

las guerras, siguiendo la estela de las tendencias políticas mitógenas y visionarias del fascismo que se habían erigido en preponderantes en la arena pública de la Europa posterior a la Primera Guerra Mundial⁵². Muy pronto, desde la amalgama de grupos políticos e ideológicos adheridos al ejército insurgente que se formalizó en la denominada «retaguardia nacionalista», una sublimada interpretación del carácter misional del que se hallaba investida la contienda los hizo concebirse a sí mismos como pertenecientes a una especie de comunidad mítica, forjada en los lazos de la sangre y la lucha gloriosa y sagrada por la Regeneración Patria⁵³.

Los fundamentos simbólicos del discurso erigido desde la «España nacionalista» convertían a los combatientes contra el régimen de la Segunda República en los auténticos adalides de una gesta histórica de dimensiones épicas, empeñada en el completo exterminio de los enemigos de España, y en el asentamiento de las bases culturales, místicas y políticas sobre las que se emplazaría la definitiva «regeneración de la raza hispana»⁵⁴. En medio de un contexto de cruentos episodios, de horror y de exterminio, las ideas que sostuvieron el discurso dominante en el bando rebelde se condensaron en una disquisición figurada y ensalzadora de la violencia extrema y de la Guerra Civil misma. Hasta concebir el enfrentamiento bélico como el embate supremo que materializaría el tránsito hacia un nuevo orden político post-liberal y post-parlamentario, anclado en una vitalizadora y rejuvenecedora refundación de la Patria.

Lo que denominaremos como «discurso legitimador» de la contienda, se basó en la reutilización de una vasta amalgama de elementos lingüístico-culturales, que estaban de alguna manera presentes en una tradición de nacionalismo integral, católico y reaccionario de hondas raíces históricas, éticas y políticas. En tal sentido, el mencionado discurso se sirvió del acervo del pensamiento y la tradición intelectual de raíz anti-modernista, reaccionaria, tradicionalista, autoritaria y antiliberal que se fue decantando desde las postrimerías del siglo XIX y

⁵² MOSSE, George L.: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, Nueva York, 1990, pp. 159-181 y «Toward a General Theory of Fascism», en MOSSE, George L.: *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality*, Howard Fertig, Nueva York, 1980, pp. 159-196, pp. 170-174.

⁵³ LUZZATO, Sergio: «The Political Culture of Fascist Italy», en *Contemporary European History*, 8, 2, 1999, pp. 317-334, pp. 322-324; GREGOR, A. James: *Mussolini's Intellectuals. Fascist Social and Political Thought*, Princeton University Press, Princeton, 2006, pp. 78-84.

⁵⁴ Véase *Ideal*, «Luces y resplandores de la Guerra», 4 de octubre de 1936; *ABC de Sevilla*, «Discurso del Generalísimo Franco ante el micrófono de Radio Nacional», 20 de julio de 1937; y GALLEGO Y BURÍN, Antonio, «Discurso pronunciado en la plaza de toros de Granada ante los alumnos de la academia de Alféreces de Infantería, el día 12 de septiembre de 1937», en *Seis discursos y una conferencia*, Talleres Tipográficos A. Márquez, Granada, 1937, pp. 23-37.

los comienzos del XX⁵⁵. Puede afirmarse, por consiguiente, que tal discurso se sintió finalmente invadido por las corrientes culturales e intelectuales del fascismo, el nacionalismo radical, el tradicionalismo católico y el antiparlamentarismo. Nada más iniciarse la contienda la *coalición reaccionaria*, bajo cuyos auspicios se gestó el golpe militar, estaba completamente persuadida de que la Patria era reclamada una vez más por la voluntad divina, para escenificar el sacrosanto papel de difusora espiritual y universal del catolicismo que venía ejerciendo desde un pasado ancestral⁵⁶.

En consonancia con esto último, se calificó a la guerra misma como un hito de dimensiones colosales y perspectivas transformadoras, donde las más puras raíces del esencialismo hispano⁵⁷ habían sido invocadas una vez más a una titánica labor de regeneración ética, anímica y mística⁵⁸. A todo ello hay que sumar el vasto proceso de gestación de un discurso plagado de integrantes simbólicos, circunscrito a un poderoso imaginario de exaltación de la Nación Eterna, e instalado sobre una paráfrasis mitificada y alegórica que, incorporando numerosos componentes fascistas⁵⁹, propios de la religión política⁶⁰, milenaristas o mesiáni-

⁵⁵ CERESO GALÁN, Pedro: *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*, Biblioteca Nueva, y EUG, Madrid, 2003, pp. 633-642.

⁵⁶ GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y LIMÓN NEVADO, Fredes: *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la prensa franquista durante la Guerra Civil española*, CSIC, Madrid, 1988, pp. 31-45.

⁵⁷ «El Frente Nacional», por FRANCISCO DE COSSÍO, en *ABC de Sevilla*, 11 de septiembre de 1936.

⁵⁸ Véase al respecto: «*Cara a la Nueva España*», por JUAN IGNACIO LUCA DE TENA, en *ABC de Sevilla*, 9 de septiembre de 1936; y *ABC de Sevilla*, «Discurso pronunciado por Pedro Sainz Rodríguez (Vicepresidente), en el transcurso del acto de Constitución del Instituto de España, celebrado en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 6 de enero de 1938», 7 de enero de 1938.

⁵⁹ KALLIS, Aristotle A.: «To Expand or Not to Expand? Territory, Generic Fascism and the Quest for an 'Ideal Fatherland'», en *Journal of Contemporary History*, 38, 2, 2003, pp. 237-260, pp. 244-246.

⁶⁰ Al respecto de la controversia suscitada en torno a la consideración del Franquismo como una «religión política», véanse: SAZ CAMPOS, Ismael: «Religión Política y Religión Católica en el Fascismo Español», en BOYD, C. P. (ed.), *Religión y política en la España contemporánea*, CEPC, Madrid, 2007, pp., 33-55; ELORZA, Antonio: «El franquismo, un proyecto de religión política», en TUSELL, J.; GENTILE, E. y DI FEBBO, G. (eds.), *Fascismo y franquismo cara a cara. Una perspectiva histórica*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004, pp. 69-82, vid. especialmente las pp. 76-77; BOX, Zira: «Secularizando el Apocalipsis. Manufactura mítica y discurso nacional franquista: la narración de la victoria», en *Historia y Política*, n.º 12, 2004, pp. 133-160, vid. especialmente las pp. 138-142 y 158-159, y «La tesis de la religión política y sus críticos: aproximación a un debate actual», en *Ayer*, n.º 62, 2006, pp. 195-230, pp. 210-215; LINZ, Juan J.: «The religious use of politics and/or the political use of religion: ersatz ideology versus

cos⁶¹ –algunos de ellos extraídos de la doctrina católica tradicional⁶²–, percibía la existencia intemporal de una Patria inmersa en un permanente ciclo que reproducía las fases de Paraíso, Caída y Redención⁶³. Lo que hicieron los propagandistas e ideólogos de la naciente España franquista no fue otra cosa que recuperar, aun cuando fragmentariamente y de manera inconexa en muchos casos, los integrantes esenciales de parte de los discursos, las tradiciones filosóficas y las culturas políticas del idealismo neo-hegeliano, el nacionalismo esencialista⁶⁴, el fascismo, el autoritarismo o el antiparlamentarismo que se hallaban disponibles en el acervo intelectual europeo de raíz antiliberal⁶⁵.

En el proceso de fabricación de un depurado discurso pletórico de visiones religiosas y trascendentes, al mismo tiempo que legitimador y movilizador, también proliferaron los móviles teóricos extraídos de la panoplia de razonamientos del ultranacionalismo populista y del fascismo, que reclamaban el rejuveneci-

ersatz religion», en MAIER, H. (ed.), *Totalitarianism and Political Religions. Concepts for the Comparison of Dictatorships*, vol. 1, Routledge, Londres, 2004, pp. 106-125, vid. las pp. 111-115; MAIER, Hans: «Political Religion: A Concept and its Limitations», en *Totalitarian Movements and Political Religions*, n.º 8, 1, 2007, pp. 5-16, pp. 9-12. Sobre el carácter de «religiones políticas» atribuido a los totalitarismos de entreguerras, véase GENTILE, Emilio: «Political Religion: A Concept and its Critics. A Critical Survey», en *Totalitarian Movements and Political Religions*, n.º 6, 1, 2005, pp. 19-32, p. 19; «Fascism as Political Religion», en *Journal of Contemporary History*, n.º 25, 2/3, 1990, pp. 229-251; *Fascismo. Historia e Interpretación*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp. 220-221; *The sacralization of politics in fascist Italy*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1996; y *Politics as Religion*, Princeton University Press, Princeton, 2006, pp. XI-XXIII; consúltese asimismo BABÍK, Milan: «Nazism as a Secular Religion», en *History and Theory*, n.º 45, 2006, pp. 375-396.

⁶¹ Véase GENTILE, Emilio, *op. cit.*, pp. 141-142; BOX, Z., *op. cit.*, 2006, pp. 223-224; STEIGMANN-GALL, Richard: *El Reich sagrado. Concepciones nazis sobre el cristianismo, 1919-1945*, Akal, Madrid, 2007, pp. 27-70; y, del mismo autor: «Apostasy or religiosity? The cultural meanings of the Protestant vote for Hitler», en *Social History*, n.º 25, 3, 2000, pp. 267-284, pp. 279-284; véase asimismo POLLARD, John: «‘Clerical Fascism’: Context, Overview and Conclusion», en *Totalitarian Movements and Political Religions*, n.º 8, 2, 2007, pp. 433-446, vid. especialmente las pp. 434-437.

⁶² GOMÁ Y TOMÁS, Isidro: «Carta Pastoral sobre el sentido cristiano-español de la Guerra», en *Pastorales de la Guerra de España*, Rialp, Rivadeneira, Madrid, 1955.

⁶³ Véase BOX, Zira, *op. cit.*, 2004, pp. 151-152. Véase también: GARCÍA MORENTE, Manuel: *Idea de la Hispanidad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1961, pp. 15-22; y del mismo autor: «Ideas para una Filosofía de la Historia de España», en *ibidem*, pp. 179-209 y «Raíces históricas del movimiento nacionalista», en *Obras Completas*, (vol. II, 1937-1942), Anthropos, Barcelona, 1996, pp. 377-382.

⁶⁴ Véase GARCÍA MORENTE, Manuel: «España como estilo», en *op. cit.*, pp. 34-45.

⁶⁵ Véase GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: «La inflexión autoritaria del liberalismo español», en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.), *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 434-439 y 446-449. Consúltese SAZ CAMPOS, Ismael: *op. cit.*, 2003, pp. 82-86.

miento palingenésico de la Nación y su emplazamiento sobre un nuevo orden político que superase el denostado liberalismo⁶⁶. En tal sentido, merece ser destacada la simbolización empleada a la hora de desentrañar las raíces históricas que habían conducido al desencadenamiento de la Guerra Civil. Cuando se afirmaba que la Nación Española se había visto inmersa, a lo largo de las últimas décadas, en un irreversible proceso de descastamiento e irrefrenable declive. Este proceso degenerativo vendría motivado por la irrupción en el escenario de las ideologías políticas de toda un cortejo de manifestaciones y propuestas amenazadoras, disolventes y consuntivas. Se trataba, pues, del símil de la Nación enferma y amenazada (o agredida) por un enemigo (externo o interno), o por una variopinta gama de agentes invasores y nocivos que asediarían la unidad y la fortaleza de la Patria, hasta colocarla en una posición de comprometida flaqueza. Para hacer frente a un ataque de tales dimensiones y envergadura, se invocaba la necesidad de extirpar los agentes infiltrados (léase el marxismo, el ateísmo, el anticlericalismo, el separatismo, el sentimiento nacionalista o «antiespañolista» de las comunidades y regiones, e incluso el comunismo soviético), y los elementos contaminantes de las esencias raciales sobre las que descansaba la pureza de la Nación⁶⁷. Por todo ello, tanto el alzamiento militar contra la República, como la Guerra Civil misma, se convertían en fenómenos interpretados como una memorable inmolación en un sacrificio colectivo impuesto por Dios, e instalado sobre el ejercicio escatológico y santificador de la sangre derramada y de la muerte. Es decir, una violencia gigantesca legitimada por la teórica «grandeza» de la tarea encomendada, y concebida como instrumento regenerador, salvífico y purificador⁶⁸. De esta manera, la violencia ejercida contra los enemigos de la «España verdadera» aparecía mutada en un acto de perfiles sagrados. La culminación de tan purificadora gesta propiciaría no solamente la recuperación de la desaparecida vitalidad espiritual y polí-

⁶⁶ GRIFFIN, Roger: «El núcleo palingenético de la ideología del ‘fascismo genérico’», en CAMPI, Alessandro (ed.), *Che cos'è il fascismo?*, Ideazione Editrice, Roma, 2003, pp. 97-122. Véase también: GRIFFIN, Roger (ed.): *International fascism: theories, causes and the new consensus*, Arnold, Oxford University Press, Londres y Nueva York, 1998.

⁶⁷ GOMÁ Y TOMÁS, Isidro: *El Caso de España. Instrucción a sus diocesanos y respuestas a unas preguntas sobre la guerra actual*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1936, pp. 20-21.

⁶⁸ KERSHAW, Ian: «War and Political Violence in Twentieth-Century Europe», en *Contemporary European History*, 14, 1, 2005, pp. 107-123, p. 111; GREGOR, A. James, *op. cit.*: pp. 38-60; EVANS, Richard J.: *La llegada del Tercer Reich. El ascenso de los Nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005, pp. 53-72; MOSSE, George L.: *The crisis of German Ideology. Intellectual origins of the Third Reich*, Schocken Books, Nueva York, 1981, pp. 219-223; MORGAN, Philip: *Fascism in Europe, 1919-1945*, Routledge, Londres y Nueva York, 2003, pp. 15-28; STERNHELL, Zeev; SZNAJDER, Mario y ASHERI, Maia: *The birth of fascist ideology. From cultural rebellion to political revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1994, pp. 3-35 (existe traducción al castellano: *El nacimiento de la ideología fascista*, Siglo XXI, Madrid, 1994).

tica de la Patria, sino asimismo el aniquilamiento de sus enemigos más odiados, y la edificación de un nuevo orden político, moral y anímico, enaltecido por mor del sacrificio y la muerte de los más abnegados hijos de la Nación⁶⁹.

En tal sentido, el conflicto era interpretado como la suprema reacción de la Nación agredida (e invadida). Un esfuerzo descomunal y hercúleo por salvar aquellos elementos de pureza espiritual (y civilizatoria), que venían siendo considerados como sus ejes vertebrales. La guerra, pues, se nos presentaba como el empeño histórico colectivo por devolver a la Patria su menoscabado esencialismo católico y tradicionalista. Y la victoria sobre los enemigos, lograda a través del sacrificio de la sangre y la muerte, se interpretaba como un acontecimiento saturado de energías místicas, palingenésicas y milenaristas⁷⁰. De esta manera, la contienda quedaba simbolizada como el crisol desde donde emergería una Nueva España, nacida de la abolición del decrepito edificio liberal-parlamentario, y refundada y resucitada gracias a la fusión de las energías provenientes de sus más nobles y ancestrales ideales⁷¹. Así pues, el movimiento liberador, y la violenta respuesta frente a los enemigos, se convertían en una empresa que debería, por fuerza, ser sostenida por un conjunto heterogéneo de grupos sociales y profesionales, unidos en la defensa de su común sentimiento antiizquierdista, antidemocrático y de regeneración nacional⁷².

⁶⁹ Al respecto, véase MOSSE, George L., *op. cit.*, pp. 75-80 y «National Cemeteries and National Revival: The Cult of the Fallen Soldiers in Germany», en *Journal of Contemporary History*, n.º 14, 1979, pp. 1-20. Véase también *Ideal*: «España es nuestra», 14 de agosto de 1936.

⁷⁰ Véase *Ideal*: «Luces y resplandores de la Guerra», 4 de octubre de 1936. Véase asimismo *ABC de Sevilla*, «Discurso del Generalísimo Franco ante el micrófono de Radio Nacional», 20 de julio de 1937; *Ideal*: «Granada celebra con esplendor el Día del Alzamiento. Discurso del Sr. Gallego Burín», 19 de julio de 1938, e *Ideal*: «La Bandera de la Victoria», 15 de agosto de 1936. Las cuestiones referidas al corazón mítico del «fascismo genérico», así como la idealización mitificada de la «decadencia nacional» y el componente mitógeno y palingenésico de su discurso revolucionario y antidemocrático, pueden ser consultadas en GRIFFIN, Roger, *The Nature of Fascism*, Routledge, London, New York, 1996, pp. 26-43, y más recientemente: GRIFFIN, Roger: «The Primacy of Culture: the Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies», en *Journal of Contemporary History*, n.º 37, 1, 2002, pp. 21-43, pp. 37-43.

⁷¹ *Ideal*, «Luces y resplandores de la Guerra», 4 de octubre de 1936, y «La bandera de la victoria», 15 de agosto de 1936.

⁷² *Ideal*, «Santiago y ¡Viva España!», 26 de julio de 1936 y «Contra quiénes luchamos», 5 de agosto de 1936.

A modo de conclusión, o sobre la gestación de los apoyos iniciales prestados al franquismo

Tras el estallido de la Guerra Civil, los bandos enfrentados sintieron la ineludible necesidad de movilizar a ingentes colectivos humanos en la defensa de los postulados e ideales propalados por cada uno de ellos. Asimismo, la atmósfera de odio, terror y muerte que prontamente envolvió la retaguardia controlada por las tropas rebeldes, impelió a la exaltación de la violencia exterminadora del enemigo, concebida como instrumento purificador y, en cierta medida, inexcusable. En medio de este contexto, las figuraciones idealizadas de la contienda inundaron el proceso mismo de construcción cultural de la noticia, el relato o la propaganda, y acentuaron su presencia en medio de una realidad social y política profundamente impregnada por el enfrentamiento visceral, la descalificación absoluta del contrario, la satanización del enemigo, y la violencia, el terror y el miedo convertidos en agentes dinamizadores de la vida cotidiana. Desde la retaguardia «nacionalista», los medios propagandísticos, y los conductos habituales de comunicación sometidos a la difusión de consignas partidistas o de proclamas oficialistas, lograron un poderoso efecto de «dramatizada recreación del acontecimiento». La exageración de las atrocidades cometidas en el campo enemigo, y la exacerbada deshumanización a la que fueron sometidos los representantes del campo político contrario, condujo hacia una ineludible y desproporcionada desfiguración de la realidad misma. Arrastrando a todo el proceso de transmisión de la información hasta una representación realmente atroz y agigantada, en tanto que inmersa en una permanente dramatización de lo cotidiano, y con una gran capacidad de distorsión de las experiencias vitales acontecidas en uno y otro bando. Desde el interior de tal proceso de deconstrucción de la realidad, surgió una nueva idealización legitimadora del embrionario modelo de organización social y ordenamiento político que comenzaba a edificarse desde el Nuevo Estado franquista. Esa nueva idealización se instaló sobre la elongación de aquellas ideas-fuerza que, pese a estar respaldadas por una difusa aglomeración de tradiciones culturales y lenguajes políticos, comenzaban a lograr su auténtica expresión en los embates forjadores de la guerra.

En la retaguardia «nacionalista», estas ideas-fuerza, o ideas-eje experimentaron un acelerado proceso de decantación y estilización en el transcurso del conflicto civil. Hasta el punto de condensarse en una disquisición figurada y ensalzadora de la Guerra Civil misma, concebida como el embate supremo y definitivo que habría de exterminar al monstruoso enemigo –o a la anti-España– que venía cerniéndose amenazador sobre la Nación desde algún tiempo atrás, aunque con especial fiereza desde la proclamación del régimen democrático de la Segunda República. A través de esta perspectiva, muy difundida en los medios de comunicación operantes en la España «nacionalista» desde el inicio de la Guerra Civil, los responsables de tan execrable fenómeno de postergación nacional y pa-

tria fueron sometidos a una intensa campaña propagandística de depravación. Se pretendía, de esta manera, lograr la deshumanización del oponente, justificando su completo exterminio a través de una violencia extrema y de una «muerte purificadora», de la que emergería la verdadera «regeneración patria». Los discursos sublimados en torno a la guerra y sus inmediatas raíces, difundidos profusamente en la «España nacionalista», alcanzaron la virtud de erigirse en un denso entramado de percepciones simbólicas. Dicho entramado operó una influencia poderosa sobre las actitudes mantenidas por multitud de individuos acerca de la extrema violencia ejercida por el Ejército franquista y las instituciones encargadas de llevar a cabo una crudelísima represión. Incluso puede afirmarse que, una vez concluida la contienda, la construcción discursiva de la guerra gestada desde el ámbito de los vencedores modeló intensamente los sentimientos de quienes cooperaron, más o menos activamente, en la denuncia de cuantos fueron objeto de la acción acusatoria de los órganos de represión del Nuevo Estado⁷³.

⁷³ ANDERSON, Peter, *op. cit.*